
EL JANDALO Y EL JANDALISMO

Por Víctor de la Serna.

TARDA en definirse el sentido errático del montañés. En general, el hombre de montaña no es rápido en su decisión de lanzarse a esas parábolas sin fin de la aventura. Por eso ese sentimiento de fuga lleva implícito siempre el sentimiento de retorno, y por eso la aventura del hombre de montaña no tiene una extraordinaria grandeza, aunque tiene un género de hermosura, que es el que queremos señalar aquí con el mejor garbo literario posible.

El montañés suele emigrar por un impulso económico. El hombre de la meseta emigra, en cambio, por un sentimiento de aventura pura. Yo no sé si esta afirmación desilusionará a mis paisanos.

La Montaña es un país que ahora no es pobre porque ha descubierto su fase económica. Pero era un país muy pobre antes, cuando eran pobres en el mundo todos los países que no daban trigo y cuando el cereal era moneda.

El montañés siempre tuvo esa apetencia extraña de la humanidad por lanzarse en busca del Sur. Y cuando no había Américas y aún no comía maíz el pirenaico, era muy dura la vida en la fría y húmeda versión marítima de Castilla. Se peleaba de torre a torre; se iba a los mares lejanos en busca de la ballena; con trabajos se cultivaba una cepa agria para un vinillo verde y ácido. Y entre abadengos, realengos, duques que bajaban de tierra extraña a imponer señorío, rebeldías de valles, llantos de reinas desterradas, pasaba la vida el montañés, cuya zamarra era tanto cota de guerrero como ropilla de labrador.

Hasta que un día se tuvieron noticias de aventuras del rey en una tierra templada que era del moro. Fernando III estaba cerca de Sevilla. Y los montañeses tenían a aquel rey por suyo: por tierras de Burgos anduvo el mancebo, y alguna vez, persiguiendo al jabalí, le dió en el rostro la marea salina y atlántica de los noroestes. ¡Dios sabe cuántos sueños imperiales le nacieron al príncipe cristiano con el aura de la mar salada!

¡Sevilla! Una resonancia de crótalos, de nubas y de arábigas vihuelas, le dió al montañés en el corazón. Armó naves y se fué por el camino del mar, por el borde negro de la Mar Desconocida, a buscar la boca jugosa y aromática del Guadalquivir. Fué entonces cuando colgó en su escudo de hidalga castellana la Montaña unas torres y unas cadenas. La torre del Oro, ganada a punta de hierro contra el infiel y las cadenas partidas al empuje de los robles cantábricos bien tallados en las naves valientes de un almirante montañés.

De aquel crujir de cuadernas, de aquellos gritos de abordaje, nació el jándalo y el jandalismo. Nunca más desde entonces había de interrumpirse la circulación por esa vena que va de

Santander a Sevilla y baja por el río hasta morir en Cádiz, corazón del jandalismo, caja de sándalo y caoba, fanal perfumado de brisas coloniales, donde el montañés sacia su ansia de Mediodía y bebe los vientos y sorbe golosamente la gracia de unas mujeres como juncos, y pierde la cabeza, y muere deliciosamente o crea una fortuna o canta fandangos de los Puertos.

Jándalo quiere decir sencillamente andaluz. Es la supervivencia romance más cercana a la primitiva palabra árabe y a la que usan los moros de Marruecos en su chelja un poco hispanizado.

El jándalo es una institución secular en la vida rural de la Montaña, y excede en interés con mucho al indiano desde el punto de vista humano, aunque las dimensiones de la hazaña económica del indiano sean superiores. Lo cierto es que, obedeciendo ambos a un designio semejante, no se parecen en nada. El indiano es un sujeto grave, mientras el jándalo tiene una deliciosa frivolidad, una gracia y una agilidad mental muy superiores a las de su congénere.

Al indiano se debe, por ejemplo, en la Montaña, mucho en lo que se refiere a cultura y beneficencia populares. Yo no recuerdo ahora de ningún hospital ni casi de ninguna escuela—salvo las de Igareda en Valdecabazón— que se deban a los jándalos. Pero el jándalo ha introducido en la vida rural de la Montaña modos alegres y gratos de vida. Por ejemplo: la arquitectura aldeana les debe la importación de la reja y del tejadillo sobre las puertas y los balcones. La vida diaria le debe el amor a las flores y a los estragales húmedos y regados, con muchas enredaderas que a veces constituyen verdaderos jardines colgantes. Y como suprema aportación les debe el cuidado y el rito del vino.

Hay en los valles donde el jandalismo es más acusado, verdaderas capillas vínicas, inigualables soleras donde el tosco y duro vino de la Nava del Rey, adquiere matices de la mejor manzanilla, gracias al cuidado casi religioso del jándalo.

Dentro de la Montaña, que no es una unidad geográfica absoluta, hay zonas de carácter uniforme. Podríamos dividirla en éstas, yendo de Occidente a Oriente:

Liébana, tierra de frontera, que participa un poco de León y Palencia y otro poco de Santander y Asturias. De Liébana hemos escrito largas páginas y, Dios mediante, seguiremos escribiéndolas. No hay muchos jándalos en Liébana desde el siglo XVIII. Viene luego la gran región formada por los Valles de Val de San Vicente, Valdaliga, Cabuérniga y Reocín, verdadera cuna del jandalismo. Campoo, otro gran valle fronterizo, emigra a Castilla la Llana y a Madrid. Valdeiguña, Camargo, Pas y los Cudeyos, dan mucho contingente al indiano. En cambio, Toranzo es otro enclave del jandalismo, que va desapareciendo hacia Oriente, hasta extinguirse a la otra orilla del Asón. Antes, hemos encontrado otro renacimiento del jandalismo hacia Siete Villas, que ha dado ilustres jándalos y fundado linajes muy campanudos en Andalucía.

El jándalo viene a la tierra nativa cada dos o tres años. La llegada de los jándalos, que casi siempre viajan por equipos de pueblos, es un acontecimiento y una romería. Para saludarlos, las mozas hacen sus «picayos» nuevos, esas deliciosas y milenarias canciones de aleluya que llenan con tantos motivos los senos sonoros de las hoces, los valles y los escobios de la Montaña.

Presume el jándalo un poco puerilmente, a los pocos meses de haber estado en Andalucía, de sesear un poco y de haber olvidado las costumbres rústicas de los montañeses. A cuenta de esto, nuestro folk-lore se ha enriquecido con preciosos chascarrillos.

Hay pueblos enteros de jándalos, como Ruisseñada, en las proximidades de Comillas, maravilloso vallecito hondo que se marcha hacia el mar. Y como Ruiloba, un valle paralelo a la costa, donde el aire está tonificado por el aroma del laurel y del limonero, que crecen espontáneamente en las fisuras de las rocas grises. Hay planos de visión en estos valles, que sin ese velo impalpable del cielo montañés, parecerían un trozo de Andalucía.

Los jándalos han impreso su carácter a estos pueblos, donde se cultivan los geranios y las malvalocas más hermosas que se puedan hallar en el mundo.

El jandalismo no se ha extinguido, como casi se ha extinguido el indianismo. Hay algo más curioso aún. Hay algunos indianos que se convierten en jándalos con excelente resultado. Por ejemplo, el caso de Crespo, el introductor del cultivo del algodón en España, dueño de las mejores plantaciones de Andalucía. Antes estuvo en Méjico.

Cádiz, que sigue siendo, con los Puertos, Sevilla y Jerez, la meca de los jándalos, están aún en parte dominados por ellos. No se trata de un dominio hosco, exclusivamente económico, que haga odiosa a la raza ocupante como en el caso de los judíos. No. El jándalo se mezcla con el andaluz. Media aristocracia andaluza tiene apellido montañés. La otra media se la reparten un poco entre los vascos y los ingleses. Sólo un pequeño residuo de nobleza autóctona queda por la parte penibética de Andalucía.

Hermoso ejemplar el jándalo, del poder maravilloso de mimetismo de la raza castellana. Tíñe lo que le rodea y se deja teñir. Es personaje o es paisaje, según conviene a los designios de un espíritu que no quiere periclitar. Necesita España de estos hombrecillos, que tan pronto visten la guayabera como la zamarra, para mayor honra y gloria de la mejor de las tierras del mundo. La Montaña. Aquella en que corrió sus primeros galopes de caballero el conde Fernán González. De aquella en cuyas montañas puso Dios

«auras de libertad, tocas de nieve
y la vena del hierro en sus entrañas».

W. de la Serna